

acceso a la formación superior constituyó un aspecto crucial del acceso de la mujer a una nueva condición social, un fenómeno profunda y de «larga duración» que ha desembocado en la situación actual de una población universitaria mayoritariamente femenina en España. En resumen, un libro muy bien documentado, escrito y editado, que puede ser leído con provecho por todos los interesados en la historia de la educación y de la mujer.—VICTORIA HOWELL WILLIAMS.

KARL KOHUT y SONIA V. ROSE (eds.), *Pensamiento europeo y cultura colonial*, Vervuert-Frankfurt, Iberoamericana-Madrid 1997.

Los trabajos presentados por K. Kohut y S. V. Rose se aproximan al papel que tuvieron las diferentes corrientes de pensamiento europeas en la formación de la cultura colonial y a la recepción de lo americano en los círculos letrados europeos, alternando artículos de carácter más general, como los de Briesemeister, Schmidt o Pérez Zevallos, con otros, mucho más numerosos, dedicados a autores concretos. Recogiendo trabajos presentados en dos congresos —uno del «Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Eichstätt» y otro de la «Asociación de Historiadores Latinoamericanos Europeos»—, el libro, en conjunto de interés, presenta algunas significativas. Al tiempo que recupera autores más o menos olvidados, no aparecen otros de gran relevancia, como José de Acosta, por citar sólo un caso.

Al mismo tiempo, es altamente destacable la insistencia en la influencia de lo americano en el conjunto de la cultura moderna, tanto por la originalidad sus pensadores como por el impacto del Nuevo Mundo en los europeos, alejándose así de la consideración de América como sujeto meramente receptor de las corrientes intelectuales europeas.

Las cinco partes en las que se divide la obra están dedicadas, respectivamente, al humanismo, la teología neoescolástica, el neostoicismo —intentando desvelar la influencia de estas tres corrientes intelectuales en la cultura colonial—; el encuentro del pensamiento europeo con el mundo indígena y la recepción de América en los círculos eruditos europeos.

De los cuatro autores que estudian el influjo del humanismo en América, Karl Kohut («La implantación del humanismo español en la Nueva España. El caso de Francisco Cervantes de Salazar») se preocupa por cómo pasó al Nuevo Mundo el humanismo español (marcado por un elitismo intelectual no cerrado en sí mismo, sino dominado por un impulso civilizador y misionero), quiénes fueron los que intervinieron en este proceso y cuáles las circunstancias que influyeron en él. Afirma que la implantación del humanismo en América es prolongación de la situación peninsular, resultado, más que de un proceso anónimo, de voluntades individuales (*mediadores*) que constituyen una empresa común. Entre estos *mediadores* destaca a Cervantes de Salazar, expresión de la conciencia colectiva que tiene la comunidad española de la primera época y reflejo del conflicto entre la ideología oficial y la visión de la comunidad española, que se manifiesta en el diferente trato que al problema indígena (a la integración de la nobleza indígena en la nueva sociedad) da en su *Crónica* y en sus otras obras: los *Diálogos* y el *Título*.

Dietrich Briesemeister («La estela de Nebrija en el Nuevo Mundo: la gramática y retórica latinas») estudia la implantación y el desarrollo, hasta el siglo XVIII, del latín en la doctrina eclesiástica, la erudición y la enseñanza superior. Mientras en Europa, el latín iniciaba su lenta decadencia, en América perduran los planteamientos de Nebrija.

Esta primera parte se completa con dos artículos en cierto modo relacionados: El de Sonia V. Rose («Moctezuma, varón ilustre: su retrato en López de Gómara, Cervantes de Salazar y Díaz del Castillo») y el de José Anadón («El Inca humanista: *Nueva gentilidad* y grandiosidad de la naturaleza americana»). Rose plantea como Moctezuma, el antagonista por excelencia que permite la exaltación de los héroes españoles, no es comprendido dentro de su circunstancia histórica, que parece contingente, sino dentro del paradigma de los hombres extraordinarios. Gómara, Cervantes de Salazar y Díaz del Castillo han creado una imagen del Emperador, construida alrededor de su grandeza, su majestad y su poder ilimitado; un estilo de vida y unas virtudes (su apariencia física, su temperancia, su generosidad, su carencia de crueldad, etc.) que le opone al bárbaro del imaginario europeo de la época y le acercan al paradigma del monarca ideal. José Anadón introduce el testimonio y la actitud del Inca Garcilaso —defensa entusiasta, firme y enérgica del indio americano y de la tierra— en las polémicas, entabladas desde el principio, en torno a la pretendida inferioridad de América.

La segunda parte del libro (el neotomismo) nos aleja del período fundacional. José A. Rodríguez Garrido («La defensa del tomismo por Espinosa Medrano en el Cuzco colonial»), estudia la oposición al predominio de las escuelas jesuitas, seguidoras de Suárez, en el xvii. Concepción Reverte Bernal («Saber teológico y moral en las obras de Fray Francisco del Castillo, *el ciego de la Merced*») estudia el conflicto entre la cultura del Barroco y las nuevas corrientes introducidas por la primera ilustración, ya en la primera mitad del xviii. Por último, Jean-Pierre Clément («Neoescolástica en los Andes a fines del siglo xviii: el debate sobre la forma de gobierno en la *Relación del Cuzco* de Ignacio de Castro, 1795»), a partir de la *Relación* de Ignacio de Castro con motivo de la instalación de la Audiencia de Cuzco, elabora una aproximación interesante a la doctrina de la monarquía absoluta, que relaciona con el pensamiento de Suárez y, en último término, con la posición de los jesuitas y su expulsión.

La tercera parte del libro se centra en un tema marginado por la historiografía americanista: el neoestoicismo, corriente intelectual que viene a responder a la necesidad de armonizar los preceptos religiosos con las exigencias de un monarca moderno, reconciliando la política con la ética y fortaleciendo al monarca y la sujeción a éste. Peer Schmidt («Neoestoicismo y disciplinamiento social en Iberoamérica colonial») concluye la importancia de esta corriente intelectual en América, pero intuye también rasgos diferenciadores y deja sin contestar muchos interrogantes. Al mismo tema se dedican los dos artículos siguientes: el de Helga von Kügelgen («La línea prehispánica. Carlos de Sigüenza y Góngora y su *Teatro de Virtudes Políticas que constituyen a un Príncipe*»), que presenta a Sigüenza y Góngora como representante del humanismo, el neoestoicismo y el interés por integrar las tradiciones indígenas en la historia universal; y el de Marie-Cécile Bénassy («Sobre el senequismo moral de Sor Juana Inés de la Cruz»), donde, en la línea de Michel Spanneut, se caracteri-

za el estoicismo como una filosofía de la sumisión, pero de una sumisión que anula la derrota.

La cuarta parte es, sin duda, la más heterogénea. Louise Bénat-Tachot («La experiencia en el proceso cognitivo de las sociedades indígenas en la *Historia general y natural de las Indias* de Fernández de Oviedo») se aproxima a un tema esencial, ya muchas veces tratado: la importancia de lo visto y lo vivido. Juan Manuel Pérez Zevallos («El mestizaje en la Nueva España y el movimiento de población indígena») rechaza la imagen de los pueblos de indios como asentamientos cerrados e inmóviles. Nicola Kuehne Heyder («El padre Carlos Tapia Zenteno y su idea de evangelización de la Huasteca, siglo XVIII») caracteriza al P. Tapia como un representante del esfuerzo por recuperar el espíritu misionero del XVI (o, quizás, presenta un testimonio de su supervivencia). El artículo de Sergio Raúl Arroyo García («Entre mentes y corazones. El papel de algunos estudios sobre mito y cosmogonía en la historia y la antropología mexicanas, 1987-1993»); esencialmente una análisis de la posición de varios autores sobre este tema) es, sin duda, el que peor se integra en el conjunto de la obra.

El principal mérito del último grupo de artículo es poner de manifiesto, directa e indirectamente, la tendencia, tan errónea como extendida, a escribir la historia de la Europa moderna al margen de América. En contra de esta tendencia, Gerhard Wawor («La visión del Nuevo Mundo: Cristóbal Colón, Giuliano Dati, Pedro Mártir») se aproxima a las formas de construcción de la imagen del Otro, condicionada por la experiencia directa y la tradición; Roswitha Kramer estudia la obra de Atanasio Kircher y Jan Lechner la presencia de América en las bibliotecas públicas y universitarias de los Países Bajos Septentrionales hasta comienzos del siglo XVIII.—FRANCISCO JAVIER GÓMEZ DÍEZ.

WALTHER L. BERNECKER (ed.), *1898: su significado para Centroamérica y el Caribe. ¿Cesura, cambio, continuidad?*, Vervuert-Iberoamericana, Frankfurt y Madrid 1998.

Walther L. Bernecker ha recogido en este volumen los trabajos presentados por investigadores de universidades europeas y americanas (Köln, Princeton, Erlangen Nürnberg, Wuppertal, Lafayette, Carolina de Praga, Tarragona, Complutense y Panamá) al congreso celebrado, bajo el mismo título, en la Universidad Erlangen-Nürnberg en junio de 1997. Pese a la concreción temática de algunos trabajos, la diversidad, geográfica y cronológica, de los mismos pone en contacto con las amplias dimensiones del 98, y con la necesidad de estudiarlo superando las barreras cubano americanas. El Congreso, considerando los diversos procesos desarrollados en las últimas décadas del XIX y primeras del XX, intentó hacer frente a lo que el 98 representó de cambio y de continuidad. Los trabajos pueden clasificarse, aunque no con tanta sencillez como a primera vista parece, dadas las estrechas relaciones entre unos y otros, en cuatro grupos: los dedicados a la política exterior estadounidense; los centrados en el impacto del 98 en Cuba y, en menor medida, Puerto Rico; los que tratan este mismo impacto en España y, por último, un conjunto de es-